

NADIE TIENE MAYOR AMOR QUE EL QUE DA LA VIDA POR SUS AMIGOS

Homilía en la ordenación diaconal de Andrés Orellana, L.C. y Leonardo Perez-Castilla, L.C.

+Jorge Urosa Savino, Cardenal Arzobispo de Caracas,

15 DE JULIO DE 2017

Hoy tenemos la gracia de participar en la sagrada ceremonia de ordenación diaconal de nuestros hermanos Oscar Orellana y Leonardo Perez-Castilla. Personalmente doy infinitas gracias a Dios porque estos hermanos nuestros, Legionarios de Cristo nacidos en Caracas, han atendido la voz de Nuestro Señor que los llama a difundir el esplendido mensaje de salvación, la alegría del Evangelio, y a ser pescadores de hombres. ¡Que Dios los bendiga a ellos y a sus queridas familias!

Acabamos de escuchar las hermosas palabras de Jesús en el Sermón de la Cena, en las cuales nos llama a vivir a fondo el mandamiento del amor. “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15, 13). Son enseñanzas y exigencias que nos ayudan a entender bien el ministerio diaconal en la Iglesia. Jesucristo las pronuncia luego de haber realizado el profético gesto del lavatorio de los pies. Antes de celebrar la cena pascual y de entregarse a nosotros hasta la muerte para nuestra salvación, Nuestro Señor quiso mostrar gráficamente a todos los creyentes la actitud fundamental del discípulo para con sus hermanos. Y para ello realiza ese gesto singular, sorprendente. Y al final nos dice: “Ejemplo les he dado, para que como yo he hecho, hagan también Ustedes” (Jo 13, 15).

La actitud de servicio encarnada por Nuestro Señor en la Última Cena es fundamental para el cristiano, especialmente para quienes hemos

sido llamados por Dios a su servicio como ministros ordenados: obispos, presbíteros y diáconos. El nos había dicho: “el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir” (Mc 10,45). Y lo realiza gráficamente en esa solemne y dramática ocasión.

SERVICIO RELIGIOSO

Pues bien: Con plena conciencia y libertad, nuestros hermanos Oscar y Leonardo, con plena libertad y firme decisión, han decidido asumir el sagrado ministerio de los diáconos en camino hacia el sacerdocio. Se trata de un oficio de servicio específicamente religioso y espiritual con varias facetas: el servicio de anunciar a Jesucristo, el servicio litúrgico, el servicio de la caridad, motivado por un inmenso amor a Dios y al prójimo: “nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos”... Ellos se ordenan diáconos “no para ser servidos, sino para servir”, en imitación de Nuestro Señor (Cfr Mc 10, 45), y para participar en la misión profética y evangelizadora de los Obispos, en su misión de santificación a través de la Sagrada Liturgia, y de manera muy específica, en el ejercicio de la caridad concreta especialmente a los pobres.

Yo quiero destacar una vez más, la naturaleza e importancia del diaconado y de los ministerios ordenados en general, como servicio **religioso**. Es importante subrayar esto porque vivimos sumergidos en un mundo secularizado, que quiere apartar a Dios de la vida social y pública, que no lo considera importante, que prescinde de Él, que privilegia las actividades materiales y sociales. Pues bien: nosotros, por el contrario, los sacerdotes, los diáconos, los religiosos y miembros de institutos de vida consagrada, hemos de reafirmar, como fruto de nuestra fe viva, el sentido de lo divino, de la grandeza de lo religioso y lo sagrado, de la importancia de la Palabra de Dios, de la oración, de la liturgia. La actitud religiosa es la de quien sabe

que **Dios es amor**, que la unión con El nos lleva a la felicidad, y que El merece la entrega total del corazón. La actitud religiosa orienta la vida hacia el amor total a Cristo (Cfr. Jn 15, 14: “Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando”). La actitud religiosa nos lleva al anuncio de la grandeza e inmensa bondad de Dios al mundo, hacia el servicio fraterno a imitación de Jesús para que, mediante la fe, los seres humanos puedan encontrarse con el inmenso amor de Dios, con ese Dios que es puro amor, y que “tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él tenga la vida eterna” (Cfr. Jo 3,16).

En este contexto quiero recordar algunas enseñanzas del documento de la Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida sobre la vida consagrada:

219. “...En un continente, en el cual se manifiestan serias tendencias de secularización, también en la vida consagrada, **los religiosos están llamados a dar testimonio de la absoluta primacía de Dios y de su reino**”.

220. “En la actualidad de América Latina y El Caribe, la vida consagrada está llamada a ser una vida discipular, apasionada por Jesús camino al Padre misericordioso, por lo mismo, de carácter profundamente místico y comunitario. Está llamada a ser una vida misionera, apasionada por el anuncio de Jesús-verdad del Padre, por lo mismo, radicalmente profética, capaz de mostrar a la luz de Cristo las sombras del mundo actual y los senderos de vida nueva, para lo que se requiere un profetismo que aspire hasta la entrega de la vida, en continuidad con la tradición de santidad y martirio de tantas y tantos consagrados a lo largo de la historia del Continente. Y al servicio del mundo, apasionada por Jesús vida del Padre, que se hace

presente en los más pequeños y en los últimos a quienes sirve desde el propio carisma y espiritualidad”.

Pues bien, mis queridos hermanos: ese ejemplo que nos da Jesucristo a todos nosotros: de reconocimiento de la primacía de Dios, de entrega total a la misión salvífica, de la primacía de lo sagrado y sobrenatural sobre las cosas materiales, y de la radicalidad del amor al prójimo, ha sido fundamental para estos hermanos nuestros, hijos de la Iglesia de Caracas, que hoy se consagran como diáconos al servicio de Dios y de la comunidad cristiana en la Congregación de los Legionarios de Cristo, imitando y siguiendo las huellas de Cristo servidor.

AMOR A LOS POBRES.

Otro aspecto importante: el diácono se consagra al servicio de los demás, especialmente de los más pobres. Y es bueno recordar que Jesucristo siendo rico se hizo pobre (2 Co, 8,9). El nos dio ejemplo de desprendimiento, y nos invita a la pobreza evangélica: “¡Felices los pobres en el espíritu!” (Mt 5, 3) El nos llama a trabajar por los pobres tanto en la evangelización, que es el mejor servicio que podemos prestar a los pobres, como en la asistencia social, en el desarrollo humano y en la promoción de nuestros hermanos, así como en la defensa de los derechos de los demás. La opción preferencial por los pobres, nos dice el Papa Benedicto XVI “está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros” es decir, forma parte de la naturaleza y acción de Cristo Nuestro Señor. (Benedicto XVI, Discurso inaugural de la Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano del Caribe en Aparecida, 3). Por esto nuestros futuros diáconos deben estar animados por esa actitud: de generosidad, de pobreza evangélica y de amor a los pobres, como Nuestro Señor Jesucristo y tantos santos a lo largo de la historia. Por esto es importante que todos los diáconos y presbíteros estén

dispuestos siempre a desempeñar cualquier ministerio a ellos encomendado por su Obispo o superiores, sin importar las condiciones económicas del oficio. Así debe ser.

CONCLUSION

Prosigamos ahora esta solemne ceremonia y nuestra celebración eucarística. Oremos con fervor por estos nuevos diáconos, Andrés y Leonardo: para que imiten a Jesucristo entregándose totalmente a Dios, considerando a Dios lo primero en sus vidas, y dando la primacía a los dones espirituales por encima de las cosas materiales. Que ellos, ahora como diáconos y luego como sacerdotes, sean fieles a la solemne y religiosa promesa de vivir consagrados al amor de Dios y del prójimo y que, con espíritu de pobreza evangélica, estén dispuestos siempre a servir a los pobres, con todo el corazón.

Encomendémoslos a la segura y eficaz intercesión de nuestra madre celestial, la Santísima Virgen de Coromoto. Que ella los proteja y los anime a imitarla en el cumplimiento fiel y gozoso de la palabra de Dios. “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu Palabra” (Lc 1, 38). Amén.